

La ASOCIACION INTERNACIONAL DE SOCIOLOGOS DE LENGUA FRANCESA, que presiden los Profesores Georges Gurvitch, Roger Bastide, M. Erard, H. Janne, efectuó su Vº Coloquio -LAS CLASES SOCIALES EN LA ACTUAL SOCIEDAD- en Québec (Canadá) entre los días 29 de septiembre y 4 de octubre de 1964. Salvador de la Plaza, miembro titular de dicha Asociación, presentó el trabajo La Formación de las Clases Sociales en Venezuela que transcribimos para conocimiento de profesores y estudiantes de sociología de nuestro país.

Entre otros profesores asistentes al Coloquio citamos: Marcel Rioux (Universidad de Montreal), Rene Konig (Presidente de la Asociación Internacional de Sociología), Fernand Dumont (Universidad Laval, Québec), Georges Balandier (Sorbona), Philip Bosermann (Universidad de Boston), M. Bolle de Bal (Universidad de Bruselas), Jacques Berque (Colegio de Francia), Pierre George (Sorbona), Lucien Goldmann (Altos Estudios, París), Radomir Lukic (Universidad de Belgrado), M. Mokrane (Universidad de Algeria), Eisal Naraghi (Universidad de Teherán), Jan Sczpaniski (Universidad de Varsovia), Renato Treves (Universidad de Milán), Jean Weiller (Sorbona), Abdelkader Zghai (Universidad de Túnez), y muchos otros.

Caracas, Enero de 1965

Círculo de Estudiantes de Historia
Escuela de Historia, Facultad de
Humanidades y Educación, U.C.V.

FORMACION DE LAS CLASES SOCIALES

EN VENEZUELA

A fines del siglo XV, cuando las huestes de la Casa reinante en España iniciaron la conquista de los extensos territorios que con el tiempo devendrían en la América Latina, la población autóctona que los ocupaba difería, en cuanto a su densidad y grado de evolución social, de una a otra región. Mientras que en México, Guatemala, el Perú, existían Estados que habían alcanzado niveles de cultura que atestiguan los templos y monumentos hoy todavía conservados y cuyas formaciones sociales descansaban sobre la posesión y uso en común de la tierra por los miembros integrantes de los "pueblos" (Calpullis, en México), la estrecha unión de la agricultura y los oficios y una inalterable división del trabajo, el resto de esos territorios lo habitaban tribus diseminadas que no habían sobrepasado la comunidad primitiva y estaban dedicadas a la caza, la pesca y a una rudimentaria agricultura. Tal desigual evolución determinó que los españoles apelaran a métodos diferentes tanto para la conquista como para la colonización. En México, Guatemala, el Perú, vencida la organizada y masiva resistencia, derrocados, apresados y liquidados los cuerpos gobernantes, para instituirse en su lugar, los conquistadores adaptaron en lo general la existente estructura económica y social a los fines de dominación y explotación que perseguían. En las otras regiones, las que ocuparon sin mayores esfuerzos, diezmada que fue la escasa y nómada población indígena por la exhaustiva explotación a que la sometieron, solucionaron la carestía de mano de obra importando esclavos negros de Africa. Mas que a factores geográficos o de abundancia de recursos naturales, la densidad y grado de evolución de su población autóctona es lo que explica que durante el período de la Colonia unas regiones alcanzaron mayor esplendor que otras. Tanto en México, como en Guatemala, en el Perú la población indígena trabajaba el oro y la plata, practicaba una diversificada artesanía y una agricultura intensiva con aplicación de irrigación.

Por otra parte, la Monarquía española, para ejercer su dominación, instauró una complicada y compleja maquinaria político-administrativa basada en la división de esos extensos territorios en Virreinos, Provincias, Capitanías Generales, Reales Audiencias, dependientes directamente de la Metrópoli y debidamente delimitadas entre sí, lo que dió origen, entre otras causas, a que al producirse en las primeras décadas del siglo XIX el desmembramiento del Imperio como consecuencia del triunfante movimiento emancipador, se constituyeran aquellos virreinos, provincias, capitanías generales en países autónomos no obstante la continuidad del territorio, predominar en la población una lengua y una religión que les eran comunes y una similar composición étnica, sin que todavía hoy haya concluido el proceso de integración de esos países en naciones soberanas.

Dados esos antecedentes, es lógico concluir que en los países de América Latina la formación de sus clases sociales, tanto durante el período de su gestación en la Colonia como ya emancipados, no siguiera un igual proceso, habiéndose sucedido en ellos, por otra parte, modos distintos de producción, salvo en lo que éstos tienen en común: la explotación a la vez del hombre y de los recursos naturales. Carecería, por tanto, de validez científica cualquier elaboración sobre la formación de sus clases sociales que englobara en un solo esquema a todos esos países, así como también la que hiciera traslado mecánico de los estadios recorridos por las sociedades que hoy integran a Europa. En México, el Perú, sin erradicar el modo de producción que encontraron, los españoles fueron despojando de sus tierras a los "pueblos", generalizando así un sistema de servidumbre feudal a base de un "peonaje" encadenado y arraigado por la fuerza a la tierra que les había sido usurpada. En otras regiones, con la importación de esclavos negros por los españoles, la comunidad primitiva en que vivían sus poblaciones autóctonas no dejó de pervivir, pero pasó a ser como predominante el modo de producción esclavista, el que imperaba al constituirse las antiguas colonias en Estados independientes. Venezuela se cuenta entre estos últimos y a examinar la formación de sus clases sociales concretaremos nuestra intervención con las limitaciones obligadas por la relativamente escasa documentación existente al respecto.

.....00000.....

En Venezuela, para mediados del siglo XVI y no obstante haber sido descubierta América en 1492, los españoles se habían limitado, en reducidos grupos expedicionarios, a incursionar en su costa oriental y a ocupar algunas de sus islas en las que se dedicaron a la explotación de los placeres de perlas en ellas localizados. Para el buceo y pesca de las ostras emplearon al principio a indígenas moradores de esas islas o a los que atrapaban por la fuerza en las vecinas costas y, posteriormente, a esclavos negros conocedores del oficio procedentes de África, sometiendo a unos y otros a una exhaustiva explotación de la que dejaron testimonio los mismos expedicionarios en sus relatos, tal por ejemplo el de Vázquez Espinoza: "...tiene cada señor de canoa en su casa o Ranchería una sala o cuarto grande, que llaman cárcel donde todos los negros duermen encerrados debajo de llaves, porque aún para la pesca de perlas es necesaria la castidad, de tal suerte, que si otra cosa hubiese en alguno no podía pescar, ni zambullirse debajo del agua, sino que queda encima como corcho. Para los que no han sacado (ostras) a gusto del amo, o son traviesos, tienen en sus dormitorios o cárceles, grillos y prisiones, y los castigan, acotan y brean cruel e inhumanamente". Con el producto de la venta de las perlas, pagados los tributos a la Corona española, adquirirían en la Metrópoli alimentos, telas, armas, esclavos y cuanto habían necesidad para sus rudimentarias vidas de aventureros.

Habiendo sido extendidas las incursiones al occidente y sentado plaza en Coro, de allí partieron las primeras expediciones al interior del territorio. Fundaron los pueblos de El Tocuyo, Barquisimeto, Borburata y para 1567, a Caracas, casi al siglo de haber tocado por primera vez tierra de América. A la diseminada población indígena la fueron sometiendo y sojuzgando ya por la superioridad de sus armas de guerra, ya mediante el concurso de monjes y clérigos quienes, so pretexto de ganar aquellas "almas" para el cristianismo y salvarlas de la idolatría en que vivían, no ahorran los más compulsivos métodos y los más bárbaros procedimientos de conquista y catequización.

Teniendo esos grupos expedicionarios por finalidad principal la búsqueda de oro y de otros metales preciosos, fijaban residencia y fundaban pueblos en los lugares donde localizaban minas o presumían su existencia. Para completar su abastecimiento, deprimían a los indígenas los alimentos que tenían almacenados, obligándolos además por la fuerza, a sembrar los campos y a trabajar las minas. A las indias las convertían en sus concubinas, proviniendo de esas uniones los mestizos que devendrían a un mismo tiempo que lazo de contacto étnico entre españoles y población indígena, elementos de formación del bajo pueblo.

No obstante los bárbaros métodos de sojuzgamiento y de haber tenido lugar operaciones de venta de indios para proveer de mano de obra para las minas y el laboreo de los campos, principalmente los de las islas, la esclavitud como modo de producción predominante en el territorio no fué instaurado sino desde que los españoles comenzaron a importar esclavos negros para suplir la mano de obra indígena por otra más resistente y adiestrada y con ella desarrollar determinados cultivos. Es de observar, que los conquistadores tomaban posesión del territorio y de cuanto en él existía en nombre del Rey de España y para el Rey y al indio siempre se le consideró como sujeto de éste, y, en consecuencia, acreedor a determinada protección real, la que se expresó y estableció en múltiples disposiciones contenidas en las Cédulas Reales, entre ellas la de 1526 que ordenaba que "los indios sean bien tratados, como prójimos mirados, y que no se consientan que les sean hechos fuerzas, ni robos, daños ni desaguisados, ni mal tratamiento alguno" y la que creó la institución de la "encomienda", consistente ésta en que al ceder el Rey por "merced" una porción de su tierra a un conquistador, le "encomendaba" los indios que en ella moraren, quienes sin dejar de ser libres, quedaban obligados a realizar para el "encomendero" labores de campo y de servicios domésticos que debían serles remunerados. En las vecindades de los pueblos que fundaron, los conquistadores debían también fundar pueblos de indios, obligados los así avocados a pagar tributos al Rey y a realizar tareas en la construcción de caminos y otras obras. Entre los pueblos de españoles y los pueblos de indios se originaron y establecieron relaciones de intercambio de productos y otras. En el oriente del territorio y con la finalidad de desarticular y debilitar la mayor resistencia que en aquellas comarcas presentaban los indígenas, la colonización fué realizada principalmente por misioneros -franciscanos, dominicos- a base de concentrar a la población en pueblos auspiciando sus tradiciones de trabajo y de cultivo en común para arraigarlos e incorporarlos. A esos como a otros grupos de población indígena se les reconocían legalmente, y se les delimitaban extensiones de tierra para que las usufructuras en común, comunidades de las que todavía perviven algunas. A manera de castigo, de sanción penal, se autorizaba tratar como a esclavos a los indios que se resistían a la colonización, los que podían ser objeto de venta o "encomendados". Interesado el Rey en percibir los mayores tributos de sus sujetos indígenas, abundó en disposiciones para protegerlos contra los abusos y bárbaros tratamientos de que eran víctimas por parte de los conquistadores, "encomenderos", clérigos y demás pobladores.

Como el Rey distribuyó entre los jefes de expediciones, los hidalgos a é-l-las incorporados y los fundadores de pueblos, grandes extensiones de su tie-rra y como cada expedición traía de España vacas, toros, carneros, cabras, ca-ballos, yeguas, asnos -especies que no existían en América- y semillas de tri-go y otras, en torno a los pueblos fundados sus vecinos o pobladores fueron desarrollando dichas crías y cultivos con mano de obra indígena. En los comien-zos para el propio abastecimiento, luego también para el intercambio con otros pueblos y para exportar a España, junto con el oro y las perlas, algunos de esos productos, principalmente los de origen pecuario, tales como cueros, se-bo, etc., con cuya venta se proveían de efectivo para adquirir de la Metrópoli artículos manufacturados, instrumentos de trabajo y hasta objetos de lujo. La amplia y entusiasta acogida que en Europa dispensaron al cacao, al tabaco y a otros productos tropicales, indujo a los grandes propietarios de tierra a desa-rrollar esos cultivos y, para el efecto, que incrementaran la importación de esclavos negros y, en definitiva, que pasara a ser predominante el modo de pro-ducción esclavista, sin que ello signifique que la nueva sociedad en formación hubiera pasado en su evolución de un estado a otro, pues la mayoría de la po-blación, que era la indígena, continuaba viviendo en comunidad primitiva. Ha-bía tenido lugar una yuxtaposición étnica y de modos de producción, impuesta por un reducido número de grandes propietarios de tierra -conquistadores-amos-extraño a la población mayoritaria.

Conforme a lo practicado en España, en cada pueblo de españoles fué creado un Cabildo y elegidos para los cargos los vecinos más acomodados e influyentes. Así también, designados Alcaldes, alguaciles, jueces y demás personal adminis-trativo.

Para comienzos del siglo XVII, se estimaba que en los 19 pueblos de españo-les que habían sido fundados, incluido Caracas, vivían 885 familias de origen europeo -658 españolas y 127 extranjeras (portuguesas, italianas, etc.)- y de esos jefes de familia, 364 habían recibido tierras y eran "encomenderos", mon-tando los indios "adoctrinados" a 16.500 y a 70.000 los que deambulaban por el resto del territorio cuya superficie era de más de un millón de kilómetros cuadrados. Para esa fecha habían sido importados más de 2.000 esclavos de Afri-ca.

De esos datos puede deducirse que vencida en lo esencial la resistencia de la población indígena, los conquistadores habían creado ya las bases económi-cas y le orden social y administrativo sobre las cuales evolucionaría la socie-dad colonial. La importación de esclavos negros y la instauración del modo de producción esclavista como predominante, determinaría la división de esa socie-dad en dos clases principales antagónicas: la integrada por quienes por haber recibido del Rey grandes extensiones de tierra, eran propietarios de los cul-tivos, ganados y esclavos y, la otra, por los esclavos, pero que por el dominio absoluto que el Rey ejercía sobre el territorio, sus riquezas y los hombres que en él habitaban y por la tradición española trasplantada a América, sobre esa división de clases se sustentaría una estructura social de orden jerárquico cuyo rango superior lo detentarían los representantes del Rey y los grandes pro-pietarios de tierra y de esclavos -la "nobleza criolla" - e integrados los ran-gos inferiores, a diferentes niveles, por toda una gama de "hombres libres" que iba desde los europeos -españoles y extranjeros sin tierra, comerciantes, artesanos, etc.-, los indios en general ("adoctrinados" o no), las mezclas de pardos, mestizos, zambos, mulatos hasta los negros libertos.

Dos siglos después, en 1810, el número de pueblos fundados había pasado de los 19 de 1600, algunos de los cuales convertidos en villas o ciudades, a más

de 200 y la población total, según estimación de Humboldt, alcanzaba ya los 800.500 habitantes, descompuesta así: 184.727 de origen europeo -el 20,5 %-, 161.354 indios puros de los cuales 60.000 deambulando en las extensiones del territorio no colonizadas; 464.362 pardos, mestizos, mulatos, zambos, negros libertos, negros "cimarrones" y 87.805 esclavos negros empadronados. Los jefes de familia propietarios de tierra habían pasado de los 365 de 1600 a 658.

Es de advertir que a ese incremento de la población durante los 200 años transcurridos contribuyeron el ingreso de inmigrantes de origen europeo y la acelerada importación de esclavos -cerca de 140.000-, pues a más de los 87.805 esclavos empadronados se contaban 57.000 negros puros entre libertos y "cimarrones", o sea, aquellos esclavos que habían escapado de sus amos y merodeaban por montañas y llanos sometidos a una constante persecución policial. Tal volumen de esclavos importados clarifica cualquier duda que pudiera existir sobre el modo de producción predominante, tanto más si se toma en cuenta el relativo pequeño número de grandes propietarios de tierra y de esclavos y que la actividad económica se fundamentaba en los cultivos de cacao, café, caña de azúcar, tabaco, en la cría y en la exportación de esos productos.

La jerarquizada estructura social, aunque para 1810 se mantenía en plena vigencia, desde tiempo antes había comenzado a resquebrajarse, sin embargo, bajo la presión de la agudización de contradicciones económicas que antagonizaban los intereses de la cada vez más poderosa "nobleza criolla" con los de la Metrópoli de una parte y, de la otra, con los de los rangos inferiores -blancos sin tierra, comerciantes, artesanos, pardos, mestizos, etc.-, algunos de cuyos componentes se habían enriquecido con el comercio y con el favor de otras actividades -el contrabando, la usura- originadas o propiciadas por el aumento de la producción agropecuaria; contradicciones estas últimas que se camuflaban bajo el manto de la lucha por reivindicaciones de igualitarismo social y que en muchos de sus variados aspectos situaba a los integrantes de los rangos inferiores al lado de los intereses de la Metrópoli y de sus representantes.

El hecho de que hubiere sido implantado como predominante el modo de producción esclavista importando los conquistadores y pobladores españoles esclavos negros de Arica y de que hubiera sido impuesta una superestructura jurídico-administrativa y social semejante de la que estaba en vigencia en España al comenzar la conquista, necesariamente tenía que condicionar una evolución económica y social de la sociedad en formación que no se ajustó al esquema clásico de las sociedades europeas, sin que se quiera significar contraposición a la esencia de ese esquema o que hubieren sido saltados estadios de la evolución. Se constata, es lo que nos importa, que por haber sido interrumpido su proceso natural por la presión externa, la evolución económica de la sociedad venezolana arrastraba en su seno los elementos de su posterior estancamiento. La aplastante mayoría de la población indígena había continuado viviendo y lo continuaría, en comunidad primitiva y conforme a su tradicional organización social y, con ella, coexistiendo el resto de la sociedad cuyas actividades determinaba el modo de producción esclavista. La superestructura no se correspondía ni con el uno ni con el otro modo de producción; era un trasplante de España cuya formación económica evolucionaba, en retraso con respecto a las otras naciones de Europa, del feudalismo al capitalismo. Realizada la emancipación tras cruenta y prolongada guerra, y convertida la Capitanía General de Venezuela en Estado autónomo e independiente, la estructura esclavista y de clases de la Colonia pervivió, lo que se explica porque determinados por los antecedentes aludidos arriba, quienes estaban en capacidad de dirigir la acción emancipadora, cortar el lazo de dependencia con la Corona, incluso al comienzo con la oposición de los rangos inferiores de la sociedad, no podían ser otros que los mismos

grandes propietarios de tierra y de esclavos, el sector de la clase económicamente dominante que con la independencia se apoderaba de todo el poder político.

Resuelta con la emancipación la contradicción entre los intereses económicos y políticos de la "nobleza criolla" y los de la Metrópoli, las guerras de independencia, sus inmediatas consecuencias, serían las que favorecerían una transformación aunque no profunda, de las relaciones de producción. Si bien es cierto que el Estado no aboliría la esclavitud hasta 1854, el modo de producción esclavista había ya dejado de ser el predominante, pues la mayoría de los esclavos, aprovechando la consiguiente desarticulación y desajustes provocados por las guerras, se había liberado por sí misma abandonando las haciendas, incorporándose a los cuerpos de ejércitos tanto a los realistas como a los independentistas o internándose en las montañas y llanos para emprender sus propios sembradíos. Los grandes propietarios de tierra, ante la imposibilidad de recuperar sus esclavos por medio de la fuerza pública, gestiones en las que agotaron no pocos esfuerzos, optaron por generalizar en sus haciendas y hatos relaciones de producción que parcialmente estaban en uso desde la colonia. En efecto, sustituyeron, o mejor dicho reemplazaron, la mano de obra esclava en las plantaciones de cacao, de café, de caña de azúcar por el "medianero" y por el "aparcerero" en los cultivos temporeros (cereales, tubérculos, etc.) y en unos y otros cultivos y en la cría, por el "peón" agrícola, especie de asalariado en condiciones infrahumanas. Al "medianero", mediante convenio o contrato, le señalaban un lote de tierra para que lo sembrara de cacao, café o caña, correspondiendo al propietario de la tierra la mitad de las matas y obligado el medianero a venderle la otra mitad al estar en producción. El "aparcerero" debía entregarle parte de la cosecha que recogiera -el 1/3, la 1/2 o el 1/4 según la región o si el propietario suministraba semillas o bestias de labor-. Medianeros y aparceros quedaban obligados a realizar, por exiguos salarios, las labores que en sus cultivos les fijara el propietario de la tierra.

Por otra parte, como además de ser exiguos los salarios se los pagaban en "fichas" solo cambiables por artículos a altos precios en las "pulperías" (tiendas de raya) que los propietarios de tierra tenían establecidas en sus haciendas y hatos, los medianeros, aparceros y peones para poder cubrir los gastos de su subsistencia y la de sus familias, forzosamente tenían que solicitar de los propietarios préstamos o anticipos a cuenta de labores por realizar o sobre la parte de cosechas o matas que les correspondieran, deudas que debían ser canceladas totalmente para poder abandonar el fundo o trasladarse a otro lugar y que se heredaban de padre a hijos, quedando así los campesinos arraigados al propietario de la tierra y a la tierra en que trabajaban. El aparato represivo del Estado se encargaba de velar y hacer cumplir esos compromisos, vigente como estaba una Ley que establecía la prisión por deudas.

La generalización de esas relaciones de producción no sólo aseguró a los grandes propietarios de tierra mano de obra servil y barata, sino que les facilitó, sin riesgo pecuniario para ellos, ampliar los cultivos y extender la superficie de sus fundos con la anexión de las tierras baldías colindantes.

El que ese reducido número de propietarios hubiere continuado, en el nuevo Estado, acaparando la tierra e incluso, fortalecido su dominio con la generalización de las descritas relaciones de producción, determinó que se convirtieran en caciques o caudillos -especies de señores feudales- que en sus respectivas regiones detentaban el poder económico y el político y que en las luchas entre ellos por conservar la hegemonía local o conquistar el poder nacional,

arrastrarán tras sí a los medianeros, aparceros y peones agrícolas arraigados en sus tierras, guerras civiles de las que fue escenario el país hasta entrado el presente siglo, sin que con esa interpretación se niegue o desestime que en el suceder de esas contiendas y participando en ellas, las masas campesinas, los trabajadores urbanos y sectores de las clases intermedias, plantearan y lucharan por sus propias reivindicaciones económicas, sociales y políticas. En las llamadas guerras de "cinco años" o "Guerra Federal" -1859-1864-, por ejemplo, uno de los jefes liberales -Zamora- enarboló la bandera de mejores condiciones de vida para las masas campesinas, calificando de oligarcas a los propietarios de tierra que comandaban el bando contrario o "godo" (conservador). Pero como entre los jefes liberales la mayoría era a su vez de grandes propietarios de tierra, el alcevo asesinato que eliminó a Zamora cuando sus brillantes victorias militares lo señalaban como indiscutido jefe supremo del movimiento federal, se atribuyó, con fundados argumentos, a componendas que tuvieron lugar entre grandes propietarios de tierra, liberales y conservadores, para hacer fracasar e impedir cualquier reforma tendiente a una redistribución de la tierra.

A más de haber favorecido que los esclavos se liberaran por si mismos, que el modo de producción esclavista dejara de ser predominante en una similar forma en que había sido implantado por los conquistadores, las guerras de Independencia desarticularon en la práctica al ordenamiento de rangos sociales de la Colonia y que había entorpecido la evolución económica de la sociedad y frenaba el desarrollo de las fuerzas productivas; desarticulación que formalizaría "legalmente" la Constitución de 1830 -calcada en las vigentes en países donde el modo de producción capitalista se había impuesto-, al garantizar a los venezolanos la igualdad ante la Ley, el derecho de propiedad, la seguridad individual, la libertad civil (Artículo 188), así como la libertad de trabajo -sin que la esclavitud fuera abolida-, la libertad de industria o comercio (Art. 200), la proporcionalidad de las contribuciones y la obligación de pagarlas sin excepción alguna de fuero o privilegio (Art. 215), etc. Por otra parte, Venezuela había comenzado a comerciar libremente con todos los países del mundo y como la actividad económica fundamental continuaba siendo la agricultura (cultivos de cacao, de café, de caña de azúcar), la cría de ganado y la exportación de esos productos, los grandes propietarios de tierra aunque contra sus deseos y voluntad, tuvieron que aceptar el compartir el poder político que controlaban con los comerciantes (exportadores e importadores), los prestamistas y demás grupos que desde la Colonia se habían enriquecido participando directa o indirectamente en esas actividades. Los otros estratos de las clases intermedias se consideraron a su vez haber ascendido a la categoría de "hombres libres", a pesar de que sobre los hombros de los más empobrecidos recaería en lo adelante la explotación directa y exhaustiva que predominantemente había pesado sobre los esclavos.

Como consecuencia de esas modificaciones en las relaciones de producción y en los ordenamientos sociales y jurídicos, a las clases principales en que estaba dividida la sociedad ya no las integrarían de un lado la privilegiada "nobleza criolla" propietaria de tierras y de esclavos y, del otro, los esclavos, sino de un lado los propietarios de tierra -los antiguos y los nuevos, pues no pocos jefes independentistas habían sido recompensados con grandes extensiones de tierras-, los grandes comerciantes, prestamistas, alta burocracia y, del otro lado, los "hombres libres" que por toda riqueza tenían solo su fuerza de trabajo. Entre ambas clases, los artesanos, pequeños comerciantes, pequeños productores agrícolas propietarios de parcelas de tierra o de matas de cacao, de café. Sin embargo, la coexistencia de diferentes modos de producción -comunidad primitiva en la que continuaba obteniendo su subsistencia la mayoría de la

población indígena; los rezagos del modo esclavista; el de relaciones de producción que en la agricultura y la cría sustituyó al esclavista; el de asalariado "legalizado" por la Constitución- imprimía la apariencia de que aquella sociedad más bien estaba dividida en dos sectores contrapuestos: el del reducido número de los "ricos" (oligarcas) y el de la aplastante mayoría de la población, los "pobres", el pueblo, apariencia ésta que la Constitución de 1830 se encargaría de consagrar al establecer que para poder ser elector o ser elegido, el ciudadano debía poseer propiedad raíz que produjera una determinada renta anual o devengar igual suma por sueldo como empleado o por ejercicio de alguna profesión.

La superestructura jurídico-político-administrativa que pautó la Constitución de 1830, tampoco se correspondió ni con el estado de evolución en que se encontraba la sociedad en su conjunto ni con las relaciones de producción que se habían generalizado en la actividad económica predominante -la agricultura y la cría-. Si durante los 300 años de la Colonia, por formar Venezuela parte del Imperio español la superestructura no era otra que una continuidad o trasplante de la vigente en la Metrópoli, emancipados los venezolanos de España, la que con la Constitución de 1830 intentaron adoptar, implantar, correspondía a un modo de producción, el capitalista, cuya base económica aún no había comenzado a formarse, lo que determinaría el permanente divorcio que ha caracterizado hasta ahora al país entre el ordenamiento jurídico promulgado en la Constitución y Leyes y la práctica en las relaciones sociales y políticas de los ciudadanos entre sí y con los órganos del Estado. La soberanía reside en el pueblo, consagró la Constitución, pero en la práctica quienes la ejercerían localmente serían los grandes propietarios de tierra convertidos en caciques o caudillos y nacionalmente el más poderoso de ellos que controlara el gobierno central, atropellando todas las instituciones y todas las libertades y derechos consagrados y garantizados por Constituciones y Leyes.

Y no podía ocurrir de otra manera, porque la pervivencia de la apropiación latifundista de la tierra, sus consecuencias: las contiendas y guerras entre los caudillos por el control político local o nacional, la destrucción de riquezas y el aniquilamiento de población - que esas guerras conllevaron, el incremento de la importación de artículos manufacturados y de alimentos para satisfacer el abastecimiento de la población, así como los bajos precios en el mercado internacional de los productos agropecuarios de exportación, todo ello impediría o restringiría al mínimo, durante todo el período, el desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación de capital nacional indispensable para la promoción y el desarrollo industrial. La burguesía industrial no contó con asidero para irrumpir en la sociedad, fracasando a este respecto los intentos e impulsos de las fuerzas progresistas. A este entorpecimiento y estancamiento contribuiría la instalación en el país, a mediados de siglo, de grandes Casas Comerciales extranjeras, principalmente alemanas, que al constituirse en financiadoras o banqueros de los grandes propietarios de tierra, llegarían a controlar en consecuencia la principal actividad económica del país y el comercio de exportación e importación. En efecto, a base de anticipar a los grandes propietarios a cuenta de las cosechas de cacao, de café, de los ganados y productos pecuarios dinero en efectivo para sus gastos personales y artículos manufacturados o no para que abastecieran las "pulperías" de sus haciendas y hatos, pagándoles por sus productos precios inferiores a los que regían en el mercado mundial, recargándoles los precios de los artículos que les suministraban y cobrándoles leoninos intereses sobre los préstamos que les hacían, esas Casas Comerciales extranjeras jugaron en Venezuela el papel de primeras avanzadas del colonialismo capitalista.

Los grandes propietarios de tierra, no obstante esa explotación y extorsión de que eran víctimas, por contar con financiamiento estable estuvieron en posibilidad de desarrollar sus haciendas y hatos. La producción de exportación aumentó, así como la de los cultivos temporeros con el consiguiente incremento en el interior del país de la circulación de numerario y de las operaciones comerciales. Esas Casas Comerciales fundaron sucursales en las principales ciudades, extendiendo el radio y volumen de sus operaciones. Pero, como remesaban a sus Casas Matrices en el exterior los cuantiosos beneficios que obtenían con esas técnicas de usura, no sólo contribuyeron a que fuera todavía más reducida la acumulación de capital nacional y, en consecuencia, a que no se desarrollara económicamente el país, sino que enriquecieron a los suyos de origen a costa de succionar a la economía venezolana el excedente económico sustraído a los trabajadores venezolanos.

Había sido reforzada la estructura latifundista independientemente del origen social de los grandes propietarios de tierra -descendientes de la "nobleza criolla" ("oligarquía conservadora") o de los jefes militares de la emancipación ("oligarquía liberal"). Las alzas o las bajas en el mercado mundial de los precios de los productos de exportación determinaban en el país épocas de fugaz bonanza o de decaimiento y, en la culminación de ese período surgió, en 1908, Juan Vicente Gómez, quien pondría fin a las contiendas entre caudillos por el poder político, se erigiría en máximo representante de los grandes propietarios de tierra y en dictador omnímodo con el apoyo y complacencia de las Casas Comerciales extranjeras y de los gobiernos de sus respectivos países.

Para el momento del desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, que coincidiría con la localización de grandes yacimientos petrolíferos en el subsuelo -en julio de 1914 había sido concluida la perforación del primer pozo productor de petróleo- la estructura económica continuaba inalterable y controlado el comercio de importación y exportación por las mismas Casas Comerciales extranjeras. En torno al Gobierno de Gómez, integrando la clase dominante, giraban los grandes propietarios de tierra, los comerciantes, prestamistas, rentistas urbanos, alta burocracia. Como clase inferior de sustentación, un campesinado cada vez más explotado y depauperado. Entre ambas clases, y sin que todavía se le pudiera calificar de clase media, los artesanos, profesionales, empleados públicos y privados, pequeños comerciantes y los estratos más pobres de las ciudades. A los 84 años de existir la República -1830-1914-, Gómez, unificador y centralizador del poder político, dictador sanguinario, fue el exponente caracterizado de aquella estructura latifundista, del atraso económico, social y político que engendraba y del divorcio entre el ordenamiento jurídico que cursaba en Constituciones y Leyes y las relaciones sociales y políticas que imperaban en la práctica diaria.

La interrupción del tráfico marítimo y del intercambio comercial con Europa, consecuencias de la Primera Guerra Mundial, provocaron una violenta reducción de las exportaciones de cacao, café, ganado y de productos pecuarios y que las Casas Comerciales alemanas, las más importantes, suspendieran sus anticipos en dinero y en artículos a los propietarios de haciendas y hatos, iniciándose, por esas causas, el decline de la producción agropecuaria y del bienestar económico de los propietarios de tierra, así como la acentuación de la miseria en que estaban sumidas las masas campesinas, pues si bien es cierto que el dictador Gómez acudió en ayuda de los grandes propietarios y que el comercio de exportación e importación se reanimaría con su orientación hacia los Estados Unidos, el sistema de financiamiento estable de las cosechas que había venido funcionando ya no se restablecería. Numerosos propietarios de tierra comenzaron a endeudarse y al no poder pagar las deudas contraídas, cerraron

las "pulperías", abandonaron haciendas o hatos o los entregaron a sus acreedores, lo que acarrió una concentración de fincas en manos de éstos -comerciantes o prestamistas-, con el consiguiente deterioro de las mismas. Al campesinado le tocó la peor parte, ya que ni siquiera percibiría los irrisorios salarios que antes devengaba, a más de que bajaron los precios de los cereales, tubérculos, etc. que producía y con cuya venta complementaba sus ingresos. El consiguiente descontento de los campesinos fué brutalmente reprimido por el Gobierno mediante la "recluta", conscripción forzada con la cual Gómez al mismo tiempo se proveía de mano de obra gratis. Los oficiales y soldados del Ejército para el trabajo de sus haciendas y hatos, y las redadas que una policía especial efectuaba de campesinos y de trabajadores urbanos para, so pretexto de que eran "vagos y maleantes", someterlos a trabajo forzado en la apertura de caminos y construcción de carreteras. Con esos crueles e inhumanos procedimientos se proponía Gómez garantizar la estabilidad del régimen y la "paz social".

Pero el petróleo mitigaría la violencia de esa crisis en desarrollo. Por una parte, debido a que la explotación del petróleo a través de las operaciones de exploración -comenzadas desde 1910-, las de perforación de pozos y las de construcción de campamentos y vías de comunicación absorbería directa o indirectamente gran cantidad de población desocupada en el campo, así como absorbería además estratos de las clases intermedias -ingenieros, agrimensores, mandos de obras, abogados, médicos, contables, etc.-, y, por la otra, a que el Gobierno, al aumentar los ingresos fiscales con el pago de los impuestos por los petroleros, dispondría de mayores recursos para la realización de obras públicas, la ampliación o creación de nuevos servicios, para acrecer la burocracia. Además, la comprobación de que el subsuelo contenía grandes yacimientos petrolíferos, convertiría a Venezuela en punto de atracción para los trusts petroleros y los especuladores internacionales y en un gran mercado de influencias y de reparto de comisiones para la obtención de las mejores concesiones con el consiguiente ingreso extraordinario de divisas.

De esa violenta irrupción del petróleo y de sus inmediatas y complejas consecuencias, derivaron provecho buena parte de los propietarios de tierra entrando a formar parte de la alta burocracia o del mundo de los "hombres de negocios" -contratistas de obras, gestores de concesiones, etc.- enriqueciéndose a base de las más sucias y deshonestas manipulaciones. Y en la medida en que la producción y exportación de petróleo fué aumentando y la explotación del petróleo convirtiéndose en la actividad económica predominante y en que se deslizaba el poder económico a manos de los trusts petroleros, ese enriquecido sector de la clase dominante fue transformándose cada vez más en el principal agente de la mediatización económica y política del país.

Y así mismo, en la medida en que la explotación del petróleo, la ejecución de obras públicas en diferentes regiones del país y la creación de nuevos servicios absorbían mano de obra e incrementaban el éxodo campesino hacia los "campos petroleros" y centros urbanos, fueron apareciendo en la evolución de la sociedad venezolana masas asalariadas relativamente numerosas y concentradas que devendrían en el inmediato futuro la clase obrera y, así también, que al no contar con la suficiente mano de obra servil de la que extraían su renta, los grandes propietarios de tierra que aún atendían directamente sus haciendas y hatos se fueran desistiendo de ampliarlos o incrementarlos.

A esa distorsión de las relaciones de producción en el campo y al declive de la producción agropecuaria, debe añadirse que la explotación del petróleo, por el volumen de su producción y de su exportación y de los ingresos que proveía al Estado, tenía que desplazar, como en efecto desplazó, a la agricultura y a la cría como actividad económica fundamental del país, mas aceleradamente

desde que por imperio de la Ley de Hidrocarburos de 1943 las compañías petroleras fueron obligadas a pagar impuesto sobre la Renta y con la terminación de la Segunda Guerra Mundial el consumo mundial de crudos y derivados aumentó violentamente.

En Venezuela el subsuelo, y por tanto el petróleo, es propiedad de la Nación. Sin embargo, su explotación, por haberse llevado a cabo por el sistema de concesiones y que trusts extranjeros la acapararan y controlaran desde el principio en su totalidad, dió origen a que en el país comenzaran a coexistir dos economías en perenne contradicción y antagonismo: la agropecuaria atrasada y en decadencia, como hemos visto, pero nacional, y la petrolera, la que además de altamente tecnificada es extranjera por su ensamblamiento a las economías de los países de origen de los trusts, principalmente a la de los Estados Unidos; anormal coexistencia que por una parte acentuaría el estancamiento en que se encontraba la economía nacional y aceleraría su mediatización por los trusts extranjeros y, por la otra, determinaría que la evolución y formación de las clases sociales venezolanas siguiera un proceso que en muchos aspectos -el de más trascendencia: la gestación y desarrollo de una clase industrial nacional- diferiría del observado y comprobado en los países ~~desarrollados~~.

Si hasta la Primera Guerra Mundial la pervivencia de la apropiación latifundista de la tierra y la no acumulación de capital nacional originada por la succión que las Casas Comerciales extranjeras realizaban del excedente económico, habían entorpecido e impedido el desarrollo de las fuerzas productivas nacionales, manteniendo al país en situación de sub-desarrollo, el acaparamiento y control de la explotación del petróleo por los trusts extranjeros profundizaría aún más el subdesarrollo y la dependencia económica y política del país por el capital extranjero, ya que por la misma estructura externa de esa explotación del valor de las exportaciones de petróleo regresaría al país solo una parte -salarios, sueldos, impuestos y "royalty" percibidos por el Estado-, y esa parte, en lugar de ser reinvertida en el país, acumulada, inmediatamente tendría que salir de nuevo al exterior para cubrir el pago de las importaciones de artículos manufacturados y de alimentos necesarios para satisfacer las necesidades de una población urbana en crecimiento -por el éxodo campesino hacia los "campos petroleros" y las ciudades- a quien la ausencia de industrias y el decline de la producción agropecuaria impedían de abastecer desde el interior. Así pues, tanto el valor del petróleo como el del excedente económico agregado por la fuerza de trabajo de los obreros venezolanos, ingresaban, directa o indirectamente, en las economías de los países de origen de los trusts, enriqueciéndolas a costa del empobrecimiento de Venezuela -agotamiento del recurso natural no-renovable- y del estancamiento de su economía nacional. Por otra parte, el incremento de las importaciones, al que muy principalmente favoreció el destino improductivo que el Estado daba a los ingresos fiscales petroleros al distribuirlos a través del Presupuesto Nacional entre los contratistas de obras, "hombres de negocios", alta, mediana y baja burocracia, etc., imprimió al comercio en general, mayorista y detallista, una violenta expansión y un alto nivel lucrativo.

Consecuencialmente, los comerciantes importadores, los contratistas de obras, "hombres de negocios", alta burocracia unidos por la común fuente de sus ingresos, fueron integrando gradual y conjuntamente con los grandes propietarios de tierra, un poderoso sector parasitario y antinacional de la clase gobernante; sector que por interesado en acrecer rápidamente su enriquecimiento con el lucro fácil de las especulaciones, se hizo adverso al desarrollo de una industria nacional independiente y por su concatenación con la explotación petrolera y en general con el capital extranjero invertido en el país, devino incorpo-

rado, fundido podríamos decir, a las clases imperialistas dominantes de los países de origen de esos capitales, y el Estado, aparato de opresión con el que los grandes propietarios de tierra se aseguraban la explotación de las clases desposeídas, pasaría a ser, por intermedio del sector parasitario y antinacional, de líderes políticos pequeño burgueses, un instrumento al servicio de las clases dominantes de los países de origen de los trusts extranjeros y entre éstos, de las del más poderoso, los Estados Unidos, para oprimir y explotar a toda la población venezolana. Tanto en lo económico, como en lo social y político, el Estado actuaría en lo adelante y en lo esencial en función de la defensa y del mayor beneficio de los intereses extranjeros, aunque en determinadas circunstancias bajo la presión de las luchas y frentadas de los progresistas, la accidental composición de los órganos ejecutivos o la acción individual de alguno de sus personeros, interpretaran y defendieran los intereses nacionales. Por ejemplo,

Paralizadas que fueron, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, las importaciones de artículos manufacturados, de maquinarias, de repuestos, de alimentos, para satisfacer su angustiosa demanda comenzaron a ser instalados en las grandes ciudades pequeños y grandes talleres mecánicos y en los campos a realizarse siembras de emergencia, teniendo lugar un inicio de desarrollo, aunque incipiente, de las fuerzas productivas que el Ejecutivo captó e interpretó dictando medidas de protección a la producción industrial y agropecuaria e introduciendo al Congreso Nacional proyectos de leyes progresistas, tales como la de Hidrocarburos de 1943 y la de Reforma Agraria en septiembre de 1945. Pero los trusts norteamericanos, apoyándose en el sector parasitario y antinacional y valiéndose de un grupo de oficiales del Ejército y de líderes pequeño burgueses domagogos, organizaron un golpe de Estado, derribaron al gobierno y el de facto que fué instaurado, derogó la Ley de Reforma Agraria y frenó la industrialización independiente favoreciendo y auspiciando la instalación en el país de subsidiarias de los grandes trusts norteamericanos, Clausurando así el breve paréntesis 1942-1945 de actuación nacionalista del Estado.

Otra consecuencia de la coexistencia de las dos economías se ha expresado en un violento y acelerado crecimiento de población improductiva, que no encuentra trabajo, en los campos por las repercusiones de la explotación petrolera en las relaciones de producción que en ellos imperaba y, en los centros urbanos, no tan sólo por la afluencia continuada del excedente campesino, sino también porque el propio crecimiento y tentativo de la población urbana no podía ser absorbido por las empresas subsidiarias -simples transformadoras de materias primas importadas, ensambladoras, etc.- que los trusts norteamericanos han venido instalando en el país. Los trusts petroleros, por su parte, en los últimos cinco años y en todo el país, han despedido al 25% -unos 12.000 trabajadores- del personal que ocupaban en 1958. Esa irrupción en la evolución de la sociedad venezolana de una tan numerosa población sin-trabajo, improductiva, que por su origen y por el porcentaje que representa con respecto al volumen de la población total no guarda similitud con el "Ejército de reserva" inherente al sistema capitalista, ha devenido la contradicción más explosiva que la dependencia económica ha generado y que no podrá ser resuelta sino mediante la sustitución de la existente estructura económica mediatizada por otra que involucre la incorporación de la población apta para el trabajo al proceso del desarrollo. Las múltiples y graves proyecciones sociales que conlleva ese incremento de población que no encuentra trabajo, abonarán la urgencia de una solución revolucionaria.

Por otra parte, el mercado interno de suyo reducido por la baja capacidad adquisitiva del campesinado, con ese incremento de población sin trabajo se ha restringido aún más. A fin de paliar esa situación, el sector parasitario y an-

tinacional de la clase dominante y los trusts extranjeros han venido poniendo en práctica a través del gobierno y empleando los ingresos fiscales, planes de emergencia, de obras públicas, de créditos a la construcción privada endeudando al país en el exterior con la contratación de grandes empréstitos, así como con la devaluación de la moneda, favorecer la exportación de algunos productos terminados o semi-elaborados; medidas todas ellas que por el contrario han profundizado aún más la contradicción al por un lado animar el éxodo campesino y ampliar desmesuradamente la base de la burocracia y, por el otro, elevar el costo de la vida y determinar en el Presupuesto Nacional partidas de egresos improductivos cada vez mayores en detrimento de la reinversión reproductiva del ingreso petrolero.

Concretando el esquema de la formación de las clases sociales, tendremos, en cuanto a la clase dominante, que su sector que integran el escaso número de industriales nacionales, de grandes y medianos empresarios agropecuarios, de comerciantes no-importadores, que se resisten a desaparecer, que antagonizan con el sector parasitario y antinacional, es cada vez más débil en relación a este último y cada vez más vacilante y medroso por la avidez de participar también en la interesada distribución del ingreso petrolero que realiza el gobierno. Contrariamente a lo que deberían ser sus reivindicaciones, aboga, como el otro sector, por la creación de estímulos e incentivos que atraigan al país al capital extranjero que se oriente a la inversión en ramas de la industria aún no comenzadas a desarrollar; por qué se les dé participación en las compañías anónimas con las que los trusts camuflan de "nacionales" a las subsidiarias que instalan; por medidas de protección -altos aranceles, exoneración de derechos a las materias primas que se importen; por la defensa de la "empresa privada" en contraposición a la intervención del Estado en la promoción y desarrollo industrial, etc. Y como uno y otro sector están organizados en una Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción, los antagonismos que los enfrentan han ido quedando sumergidos bajo el cúmulo de declaraciones, resoluciones y acuerdos que en sus Asambleas Generales toma esa Federación, la que, por otra parte, controlan los trusts extranjeros y el sector parasitario antinacional. En los últimos años esa Federación ha devenido el más combativo vocero de los trusts petroleros para exigir y hacer decretar por el gobierno medidas monetarias y fiscales -la devaluación de la moneda entre otras- que propendan al mayor aumento de sus cuantiosos beneficios.

En el opuesto extremo, las clases explotadas, de una parte el campesinado, diseminado y agobiado por la pervivencia de la apropiación latifundista de la tierra y sus inherentes relaciones de producción, busca todavía alivio a la miseria en que se le mantiene sumido con su éxodo hacia las ciudades y, de la otra, los obreros, quienes por integrar la clase del porvenir deberían estar encabezando la lucha por la construcción de una economía independiente y contra la dependencia extranjera, se encuentran coartados en su acción por un tren sindical burocratizado que controlan el sector antinacional y los trusts extranjeros y por la represión policial que lleva a cabo el gobierno contra los que se organizan independientemente y luchar por sus reivindicaciones económicas, sociales y políticas.

Entre la clase dominante -sus dos sectores acaparadores de los medios de producción- y las clases explotadas productoras de riqueza, una variedad de sub-clases, con sus propios antagonismos, que va desde la que podría ser calificada de pequeña burguesía por los ingresos, hábitos y costumbres de quienes la integran -profesionales, técnicos, burocracia media, pequeños industriales, etc- hasta la amplia masa de los sin-trabajo que deambulan por el territorio o se asientan en los sórdidos suburbios de los pueblos y ciudades.

Tal es resumido el esquema de la formación de las clases en que está dividida la sociedad venezolana. Y por haber sido determinada la evolución de su estructura social y la formación de sus clases por las distorsiones sucesivas que a la normal evolución económica del país infirieron las presiones desde el exterior de economías más desarrolladas -en la Colonia la feudal-capitalista, la capitalista durante la República y más reciente y profundamente la imperialista-, necesario es concluir que para alcanzar el armonioso desarrollo de sus fuerzas productivas, la sociedad venezolana tenga que abocarse indefectiblemente a erradicar la dependencia económica extranjera, de donde que la lucha contra esa dependencia y por la liberación nacional sea el factor revolucionario de su desarrollo y, en consecuencia, que la conducción de esa lucha independiente de episodios circunstanciales, corresponda a los obreros -aliados con el campesinado y con el apoyo de los sectores progresistas de las clases intermedias y de la burguesía industrial nacional- por ser ellos destacamento, en la unidad universal de la humanidad, de la clase históricamente interesada en el derrocamiento del sistema de opresión y explotación imperialista y por que esa alianza obrero-campesina es la capaz, mediante la concatenación de las tradiciones autóctonas de producción -indígenas y negras- con las más avanzadas técnicas modernas, de promover relaciones de producción que condicione la instauración de una estructura económica que sin explotados ni explotadores satisfaga a la sociedad venezolana todas sus necesidades sociales y un continuo e ininterrumpido desarrollo de sus fuerzas productivas.

La dependencia de economías extranjeras ha distorsionado tan profundamente la evolución económica del país, que incluso el excepcional ingreso petrolero que ha percibido más bien haya contribuido a acentuar la deformación de su desarrollo y la del proceso y comportamiento de sus clases sociales, tanto de las dominantes, como de las explotadas e intermedias. Estudiar esos aspectos, de suyo complejos e ilustrativos del problema del sub-desarrollo, es tarea que sobrepasa este resumen sobre la formación de las clases sociales en Venezuela. Sin embargo, no queremos concluir sin observar que la indefinición y débil clarificación que caracteriza a las clases, consecuencia de las distorsiones y del excepcional ingreso petrolero, ha fortalecido la tradicional tendencia que considera simplistamente a la sociedad venezolana dividida en ricos y pobres o pueblo, tendencia de la que se han aprovechado y abusado líderes pequeño burgueses para camuflar la realidad económica y social del país, reclutar clientela para sus partidos políticos y maniobrar, ofreciendo sus servicios a los trusts extranjeros, para escalar los cargos públicos del Estado. En esa práctica política ha tenido su origen la versión respandida de que en Venezuela la clase media o pequeña burguesía controla el poder político y al Estado, cuando en realidad las funciones que en el aparato del Estado realizan esos líderes y partidos políticos no es otra que la de agentes-administradores de quienes acaparan y controlan los medios de producción, en última instancia, los trusts extranjeros. No debe extrañar en consecuencia, que las fuerzas progresistas interpretando la profunda necesidad de la sociedad venezolana de alcanzar su integración en Nación soberana, de construir su propia e independiente estructura económica y consolidar sus valores culturales, hayan comenzado en los últimos años a emplear formas de lucha cada vez más violentas y decisivas; actividades, por otra parte, en que igualmente están empeñadas, con mayor o menor intensidad, las fuerzas progresistas de todos los países sub-desarrollados del mundo.

Salvador de la Plaza.

Québec, Canadá, 2 de Octubre de 1964.